

AMANDA
SAMPEYRO

CAMPEONA



CAMPEONA

AMANDA SAMPEDRO



m̄r

© Amanda Sampedro, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Martínez Roca, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 4.628-2021

ISBN: 978-84-270-4867-6

Diseño de interiores: María Pitironte

Ilustraciones de interior: Doyague

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.planetadelibros.com

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

- CAPÍTULO 1. LA MÁS RÁPIDA, 10
- CAPÍTULO 2. LA ÚNICA CHICA DEL EQUIPO, 24
- CAPÍTULO 3. EL DÍA MÁS FELIZ, 40
- CAPÍTULO 4. LA LUCHA DEL CAPITÁN, 58
- CAPÍTULO 5. FIESTA DE PIJAMAS, 74
- CAPÍTULO 6. JUGAR INCLUSO EN UN DÍA MALO, 96
- CAPÍTULO 7. CERILLITA, 110
- CAPÍTULO 8. NOS LA JUGAMOS, 128
- CAPÍTULO 9. LOS PROBLEMAS SE SOLUCIONAN ENTRE TODOS, 142
- CAPÍTULO 10. EL PARTIDO DEFINITIVO, 158
- CAPÍTULO 11. NUEVO CURSO, DISTINTOS PROBLEMAS, 176
- CAPÍTULO 12. GANARON ELLOS, 190
- CAPÍTULO 13. MAMÁ, ¿ADÓNDE VAMOS?, 204



LA MÁS RÁPIDA

Mandy tiene siete años y casi todo el cole sabe que tiene también las piernas más rápidas de toda Primaria. También tiene el mejor golaveraje. Bueno, el segundo mejor; Rodrigo le gana por dos goles y siempre aprovecha para restregárselo.

—Eso es de este invierno, cuando tuve la gripe. Estuve una semana entera sin venir —protesta Mandy.

—Sí, sí, de cuando quieras —se ríe Rodrigo, que le saca un año, un curso y casi ocho centímetros de altura—, pero yo llevo dos goles más que tú.

El golaveraje lo llevan ellos apuntado en un cuadernito de cuadros. Mandy cree que aprendió a leer y escribir anotando los goles en aquel cuadernito de tapas gastadas. Lo guarda Pablo, que es el más cuidadoso. A los demás se les olvida casi siempre, pero desde que se hace cargo Pablo, y lo trae y lo lleva puntualmente en su mochila, los partidos a la hora del patio se han profesionalizado.



—Yo me pido a César, a Hugo, a Mohamed y a Marcos...

—**YO A WILSON, A LUCAS Y A MANDY...**

Los capitanes se ponen frente a frente, como en los partidos de verdad, los de la tele, pero como no tienen equipos definidos, todos los días eligen a los jugadores. Es verdad que hay algunos compañeros que están menos solicitados como el Kikos, al que ponen en la portería no por su agilidad, sino por su volumen. O Martín, que no corre mucho, pero es muy marrullero y pega desde bocados hasta patadas en las espinillas. A partir de los diez años ya no les hacen mucho caso, pero a ellos les da un poco igual, son los pequeños, los benjamines, y, como el cole no ha inventado aún una categoría para englobarlos en el equipo de fútbol, se conforman con jugar en los recreos.

La hora del patio es mágica para Mandy. De hecho, es el rato que espera todas las mañanas; el momento de salir corriendo de clase y alinearse en el patio de juegos para que empiece el partido. Tienen que darse mucha prisa, porque, si no, ni siquiera les daría tiempo a jugar. Ya lo saben y el método para formar equipos se hace cada vez más rápido y con menos discusiones. Solo tienen media hora, pero incluso así son capaces de jugar dos tiempos y repartirse el campo tirando una moneda de 50 céntimos al aire. Cuando nadie la tiene, tiran una chapa, o lo primero que encuentren por los bolsillos.

—**¡EMPEZAMOS!**



Algunos juegan con el pantalón del uniforme puesto. En invierno el largo, que no te permite correr tan fácilmente y en verano el corto, con el que te destrozás las rodillas. Mandy prefiere ir en chándal todos los días. Se lleva regañinas del director y discute continuamente con su madre, pero, siempre que puede, juega al despiste y se presenta en chándal y con zapatillas de deporte en clase.

—¿Hoy te toca Educación Física? —pregunta su madre sorprendida a veces cuando van a salir de casa.

—Sí —dice Mandy con tranquilidad.

—**¿EN SERIO?**

—Creo que sí.

Su hermana sabe la verdad, pero se calla prudentemente. Es la persona que mejor conoce su pasión por el fútbol. Bueno, la segunda que mejor la conoce; la primera es su padre, con quien va a ver los partidos del Atlético de Madrid, quien le enseña algunos de los toques que deslumbran a sus compañeros en el cole y quien le ha prometido que si los aprende con soltura le comprará la equipación del Atleti por su cumpleaños. El sueño de su vida.

—¿De verdad, papi?

—De verdad, pero vas a tener que currártelo mucho.

A Mandy no le importa. El sábado por la mañana sale con su padre a dar patadas al balón hasta que los llaman para ir a comer. El domingo por la mañana alterna las sesiones con los partidos del Atlético de Madrid y los domingos por la tarde, uno sí y otro no, se va al campo, de la mano de su padre, con la bandera desenfundada,



a desgañitarse en la grada y a ver a sus ídolos de carne y hueso jugando sobre un campo de césped, de verdad, de los de fútbol II.

—¡Corre, corre, métete a la banda! ¡Que estás solo!
—grita de vez en cuando a los extremos, como si fuera el místico y los mayores sonrían al escuchar sus opiniones y la pasión que se desprende de aquella figura diminuta de pelo rubio.

En el cole no les da para hacer equipos de fútbol II, así que sencillamente dividen los que son en dos equipos. Cuando son impares, el último por pedir ya sabe que será árbitro. Y ya está. Son reglas no escritas. Mandy se siente feliz de no haber tenido que ser árbitro nunca. Es un rollo, porque casi no hay espacio. El campo tampoco es reglamentario; las porterías son dos montones de ropa entre los que cuentan cinco pasos y el balón tampoco es un balón; al menos desde que el curso pasado a uno de tercero se le cayó uno reglamentario a la calle y abolló el techo de un Ford Escort y lesionó levemente en el brazo, de rebote, a una señora que volvía de la compra. Es lo que tiene que el patio de tu cole esté en una azotea.

—**EL FÚTBOL ES ASÍ** —había dicho el capitán, de tercero de Primaria, cuando llevaron a los presuntos causantes ante el director para que explicaran lo sucedido.



Desde entonces, en el patio hay un cartel con un balón tachado y un letrero en mayúsculas con el que los de Infantil aprenden a leer y que pone **PROHIBIDO JUGAR A LA PELOTA.** Así que no hay pelotas, bajo riesgo de expulsión, pero eso no significa que no se pueda jugar al fútbol.

—Nos han prohibido llevar el balón al cole —dijo Mandy con tristeza el día en que entró en vigor la prohibición.

Su padre levantó la vista del *Marca*.



—Pues jugad sin balón. En muchas partes del mundo los niños juegan descalzos y con una lata.



Lo de jugar descalzos no era estrictamente necesario, pero lo de la lata les dio una idea y empezaron a utilizar las botellitas pequeñas de batido que llevaban para tomar a media mañana. Alguien la llevaba, se la bebían rápido, a veces entre todos, para ganar tiempo, y a jugar... Los profes de guardia no decían nada porque en realidad nadie estaba jugando a la pelota. Eddie, el profe de Educación Física, se reía bajito. Lucas afirmaba que si el cartel hubiese dicho «prohibido jugar al fútbol» a lo mejor sí hubieran tenido un problema.

—**MI MADRE**—sentenció Lucas— dice que esto es una laguna legal.

La madre de Lucas es abogada, así que algo debe saber de eso. Lo que cuenta es que nadie les ha regañado desde que juegan con la botella de batido, que pesa menos y no bota, vale, pero que también se eleva, responde a las patadas y sirve para marcar goles como panes.

—**JO, MANDY**, vaya patadón. Me has dado en toda la frente —se queja Wilson, que hoy ha ejercido de portero rival y ha intentado parar —voluntariamente o no— el remate con la cara.

—Ay, Wilson, perdona. Por lo menos no ha sido un balón de reglamento.

¿Ves? Esas son las cosas buenas de jugar con una botella de plástico. También se ahorran muchas lesiones.

En el Santa Eulalia hay mucha afición por el fútbol. Tienen equipos federados desde los once años y quizá por eso los más pequeños imitan a sus ídolos, sus amigos, sus primos o sus hermanos mayores. Y quizá por eso también, ese año, en octubre, Eddie, el profe de Educa, decide montar un equipo con los más pequeños de primaria. Los ve jugar en el patio haga el tiempo que haga sin medios pero con tanta pasión... Él entrena a los de sexto y ya le gustaría que tuvieran tanta disciplina y técnica como los críos de los primeros cursos.

—Pero, Eduardo, ¿tú no tienes bastante con los de sexto?

—¿No habéis visto las ganas que le ponen? ¡Son una pasada!

—No podemos montar un entrenamiento en horario lectivo. ¿Qué hacemos con todos los que no quieran jugar al fútbol?

—Será una actividad extraescolar. Como con los mayores. Será algo voluntario.

—**ALLÁ TÚ.** Las extraescolares al final dependen de los horarios de los padres más que de la afición de los niños.

Eddie lo sabe, pero se siente crío él también cuando ve a los más pequeños, sin campo, sin balón y con todas las ganas del mundo. Si puede crear un equipo de fútbol sala y llevarlos a jugar a cubierto al polideportivo con porterías de verdad, como le pasó a él cuando era pequeño; esos niños se van a sentir como si estuvieran realizando un sueño. Al él le pasó. Recuerda el olor del parqué del campo de fútbol sala y el tacto de los balones, más pequeños y ligeros que los de fútbol II. Y los entrenamientos, las carreras por la banda, los





sprint, los toques... Sintió como si un genio hubiera convertido en realidad su deseo. Y mucho más cuando entró en los infantiles del Madrid, y luego en los alevines, y en los juveniles, hasta que a punto de disputar su primer mundial sub 17 se pegó un castañazo con la moto, por listo. Le había costado cuatro meses de rehabilitación. Tuvo que renunciar al fútbol profesional con lágrimas en los ojos y se decidió por estudiar Educación Física. Ahora, con treinta y pocos años su objetivo era encontrar a otras criaturas a las que ayudar a cumplir su propio sueño. Y suspiró mientras el claustro y el director aprobaban su propuesta, porque si alguien tenía madera en el patio del cole para el fútbol profesional era Mandy. Eso es algo que se ve. Se lleva en las venas. Era impresionante su toque de balón, su rapidez, la resolución de aquella figura menuda que se escapaba de los adversarios por la banda hasta alcanzar la portería contraria. Pero Mandy... ¡Ojalá pudiera!, se dijo... Pero ni siquiera tenía muy claro que la familia optase por su inclusión dentro de un equipo de fútbol infantil...

Quien si lo tiene muy claro es Mandy.

Lo tiene clarísimo. Esa misma tarde vuelve del cole de la mano de su madre y anuncia que ha visto un cartel en la valla del polideportivo.

— **SE BUSCAN FUTBOLISTAS, MAMÁ.** De seis a nueve años para el equipo infantil del colegio. ¡Me quiero apuntar!

La madre la mira de reojo mientras aprieta su mano antes de cruzar la calle. La hermana mayor, prudentemente,



da un mordisco al bocata de la merienda y opta por el silencio.

—**MMMM. YA VEREMOS.**

—¿Por qué ya veremos? Me dijiste que en octubre, si me interesaba alguna extraescolar, podría apuntarme.

—Alguna extraescolar es Guitarra o Inglés o Robótica... Esto es fútbol.

—Es fuera del horario de clase —interviene la hermana—; técnicamente hablando sí es una actividad extraescolar.

—Tú, cállate —advierte la madre con la mirada de «tú y yo ya hablaremos luego».

—Y ¿qué le pasa al fútbol? —protesta Mandy.

—Pues que ya tienes fútbol suficiente los fines de semana con tu padre. Me gustaría que emplearas tu tiempo en otras cosas.

—Y ¿qué es mejor? ¿Hacer una cosa que me gusta y se me da bien o hacer otra cosa que no me interesa para nada?

—De momento hacer lo que tus padres te digan...

Mandy nota que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Pues se lo pediré a papá.

—Díselo, pero papá y yo lo decidiremos juntos.

—No me gusta la guitarra. Y la robótica me parece un rollazo.

—Lo que le gusta es moverse, mamá —intercede la hermana—. Hay niños que necesitan más ejercicio que otros.



Mandy mira a su hermana con ojos agradecidos. La madre se enfrenta con ella.

—¿Tú qué eres ahora, psicóloga infantil? Esto no vamos a decidirlo ni aquí, en mitad de la calle, ni ahora.

—Pero es verdad que prefiero un deporte, mamá.

—Bueno, pues haz patinaje. O tenis. ¿No te gusta el tenis?

Mandy mira a su madre con horror, como si le hubiera pedido que renuncie a su bono de temporada.

—Pues no, no me gusta nada.

La madre suspira. Evidentemente Mandy no ve el resto de implicaciones que ella sí ve. O al menos cree ver. Y se pregunta si su marido no habrá ido demasiado lejos fomentando una ilusión que no puede ser más que eso. Una ilusión.

—Mira, mamá, si cuesta mucho me lo podéis regalar por mi cumpleaños. ¿Vale? Ya no quiero la equipación del Atleti.

La madre se vuelve extrañada. Sabe la ilusión que le hace ese regalo, por mucho que ella haya mostrado también su desaprobación.

—¿No la quieres ya?

—Sí la quiero, pero no me hace tanta falta. Lo del equipo es ahora, mamá. Prefiero entrar en el equipo. Pablo, Rodrigo, Wilson y Mohamed van a apuntarse, mamá. Son mis amigos, con los que siempre juego. Podremos jugar partidos de verdad en un campo de verdad.

—Y con balones de verdad —intercede su hermana antes de volver a hundir su cara prudentemente en el bocata.

La madre suspira. Está claro que es la única capacitada para dar un baño de realidad allí.



—Por favor, mamá —insiste Mandy, poniendo la carita que su hermana denomina «Ojos de monada»—, ¿cuál es el problema? Todos mis amigos se apuntan. ¿Por qué no puedo apuntarme yo?

La madre se detiene, suspira y se agacha un poco hasta que su mirada queda a la altura de la de Mandy. Observa sus ojos grandes y castaños, húmedos de lágrimas, destacando en su carita delgada. Observa la melenita rubia, remetida tras las orejas, los labios suplicantes en los que aún quedan unos cuantos dientes de leche que ofrendar al Ratoncito Pérez, los brazos delgados y fibrosos bajo la camiseta y las piernas moviéndose nerviosas en espera de su veredicto.

—**¿POR QUÉ NO, MAMÁ?**

Ve lo mucho que lo desea. Adivina el tamaño de sus sueños y siente un nudo en la garganta porque siete años no es edad para que nadie los tire por el suelo. Y mucho menos tu propia madre.

—Mandy, cariño —le dice con suavidad—, ¿es que no lo ves?

—¿El qué, mamá?

—Rodrigo, Pablo, Mohamed, Nosequienmás... todos tus amigos, los que dices que van a apuntarse al equipo de fútbol, Mandy... Todos son **NIÑOS**.

Mandy la mira muy seria, sin pestañear. Sus labios están entreabiertos. No entiende a dónde quiere ir a parar.

—¿Y qué, mamá?

Su madre la abraza, esconde el rostro de su hija en la cadera, porque no quiere que vea la desazón en su propia mirada.



—Pues que tú eres una niña, hija...

Mandy continúa mirándola muy seria, buscando la correlación entre el equipo de fútbol donde van a jugar todos los amigos y la obviedad que acaba de recordarle su madre. Tampoco sabe por qué le habla con esa voz tan dulce, como si se disculpara por algo. Ni por qué la abraza así de repente.

—Pero, mamá...

La madre la mira. La hermana la mira también. Solo ella tiene la sensación, basada en la experiencia, de que, pese a su corta edad, Mandy va a sorprenderlas con alguna de sus respuestas.

—Dime, hija...

—El cartel. Yo lo he leído —afirma orgullosa de su capacidad no solo para leerlo, sino para memorizarlo—. No habla de niños ni de niñas —aclara—. Solo habla de futbolistas.

La madre mira ahora a la pequeña, confundida.

Y no puede evitar pensar que, a lo mejor, después de todo, es ella quien tiene razón.

